

La revisión de la diplomacia tradicional por la Rusia soviética

Por el Dr. JOSEPH S. ROUCEK
de la Universidad de Bridgeport.
CONNECTICUT (U. S. A.)

EL CONCEPTO DE LA DIPLOMACIA EN OCCIDENTE:

A lo largo del siglo XVII, las misiones permanentes vinieron a constituir la regla y la diplomacia se convirtió en una profesión estable (especialmente a partir de la Paz de Westfalia en 1648, que dió lugar y estado formal al sistema de Estados).

Diplomáticos de toda Europa realizaron la corte de Luis XVI, el "Rey Sol", dotándola de un esplendor y fausto que deslumbraron a los contemporáneos, y establecieron una pauta, aun vigente hoy día, para los siglos venideros. El juego se desarrollaba con arreglo a normas preestablecidas, sobre una superficie esplendorosa y un considerable fondo de intriga. Los diplomáticos representaban a sus Soberanos, quienes utilizaban la diplomacia para llevar a cabo sus objetivos. Es importante observar que este proceso tenía un carácter de competición más que de conflicto. De hecho, el Cardenal Richelieu fué el primero en dejar sentado que el arte de la negociación había de constituir una actividad diplomática permanente y "no solamente un intento apresurado"; que "la diplomacia debía tender no a unos acuerdos oportunistas e incidentales, sino a la creación de unas relaciones sólidas y duraderas". (Nicholson, op. cit. 5)-51). Richelieu adujo asimismo que el interés del Estado era primordial y eterno, y que se hallaba por encima de afectos y prejuicios de tipo sentimental, doctrinal e ideológico, y sentó la pro-

posición de que una política que no estuviese respaldada por la opinión nacional no podría tener éxito. Fué el primero en introducir un sistema de propaganda interna.

Estableció el importante principio de que una diplomacia solvente debía basarse en un elemento de seguridad; que un acuerdo, una vez firmado, había de ser ratificado y ejecutado, ya que, de otra manera, las conferencias internacionales degenerarían en asambleas para el intercambio de pasatiempos, lugares comunes o propaganda. (Algo de esto constituye una de las características más salientes de la moderna diplomacia actual).

Con objeto de comprender el marco sociológico en el que operaba el diplomático tradicional, de acuerdo con los principios de la diplomacia tradicional francesa, un Embajador debía partir de la base de que el Cuerpo diplomático venía a constituir algo así como una masonería y esforzarse en cultivar la amistad de sus colegas, incluso de los menos importantes. "...Dado que todo el Cuerpo diplomático trabaja para lo mismo, y especialmente para descubrir lo que está sucediendo, surge una cierta masonería diplomática en virtud de la cual, un colega informa a otro de los acontecimientos próximos que una oportunidad feliz le ha permitido discernir", advertía uno de los más famosos libros de texto para los diplomados profesionales. El autor presentaba también un formidable catálogo (François de Gallières, "De la manière de négocier avec les Souverains" (1716), citado por Nicholson, op. cit. 68) de cualidades y habilidades de tipo profesional: "El buen diplomático ha de tener una mente observadora, un don de aplicación que le haga rechazar toda distracción que provenga del placer o de las diversiones frívolas, un recto juicio que le haga tomar la medida de las cosas tal y como son, y le conduzca en línea recta al objetivo por los caminos más cortos y naturales sin extraviarse en sutilezas y refinamientos sin sentido". El buen negociador debe poseer "el don de la penetración", ser agudo, dueño de recursos, saber escuchar, ser cortés y agradable; poseer el suficiente control de sí mismo para resistir el afán de hablar antes de haber meditado lo que tiene intención de decir; debe prestar atención a las mujeres, pero sin perder el dominio de su corazón; ha de ser capaz de estimular la dignidad y evitar en todo momento la ostentación del mal gusto; debe evitar los prejuicios personales, "sufrir alegremente las bromas y no entregarse a la bebida, al juego, a las mujeres". Debe hallarse plenamente familiarizado con la historia e instituciones del país al que ha sido destinado; conocer el alemán, el italiano, el español y el latín, y poseer asimismo algunos conocimientos de literatura, ciencias, matemáticas y leyes; y por fin, mostrarse espléndido en sus recepciones y agasajos.

Estos principios, con excepción del último, han experimentado, inevitablemente, determinadas modificaciones, como acontece con todo proceder social, más por la fuerza de las reglas que por la sustancia de tales actividades de adaptación (como podemos ver hoy en día). Pero lo importante es que los diplomáticos tradicionales tenían conciencia de que tanto ellos como sus adversarios se hallaban desarrollando un juego que requería habilidad y consideración de los precedentes; de aquí que adoptaran un tono cortés y casi nunca se injuriasen entre sí.

Practicaban su profesión como personas de cultura (en el sentido popular) y buenos modales, tratando a sus colegas diplomáticos con ostensible cortesía, incluso en tiempo de guerra. Ciertamente es que los diplomáticos tradicionales no siempre lo eran "de carrera", pero muchos de ellos eran distinguidos y experimentados en los negocios públicos (Talleyrand, Metternich, Castelreagh, Beaconsfield, Bismarck, Salisbury, Lord Bryce, etc.) todos los cuales se distinguían por su cortesía y cultivo de los buenos modales, observando la usual etiqueta y protocolo, bien que todos ellos se hallasen, desde luego, persuadidos de que sus fines y su política eran diversos.

Ello fué bien tenido en cuenta por los primeros definidores de la política del Departamento de Estado, cuyos prototipos del diplomático tradicional eran incluso más conocidos por sus dotes literarias y por su vocación puramente diplomática, y que cultivaban la cualidad de la cortesía, en su afán de eliminar la impresión de que Norteamérica, en sus albores, carecía de "cultura". Washington Irving sirvió en el personal de la Legación de los Estados Unidos en Madrid de 1826 a 1829; después fué destinado a la Corte de Saint James y llegó a ser Ministro en Madrid de 1842 a 1846. John Lothrop Motley fué nombrado en San Petesburgo, más adelante en Austria y finalmente en Londres (y alcanzó fama como autor de una Historia del apogeo de la República holandesa y de los Países Bajos Unidos). Nathaniel Hawthorne fué un destacado Cónsul norteamericano en Inglaterra. James Russell Lowell fué ministro de los Estados Unidos en Madrid y Londres. Walter Hines Page era periodista y publicista con anterioridad a su envío como emisario a Londres. Por supuesto, estas personas fueron enviadas al extranjero como apóstoles de la buena voluntad y delegados de la cultura antes que como intrigantes disfrazados y manipuladores de la opinión pública.

LA TRADICION FRANCESA Y LA "TRADICION DEL VODKA"

Al describir el tipo del diplomático moderno, hemos de distinguir primero los miembros del Cuerpo diplomático tradicional del Occi-

dente, adiestrados en las tradiciones del sistema francés, que tendía a la formación, en cada país europeo, de un servicio diplomático profesional sobre un modelo más o menos idéntico.

Estos funcionarios tenían y tienen un nivel de educación, una experiencia y unos fines semejantes; todos ellos aspiraban a un mismo mundo. Concebían a la diplomacia como el arte de regir (Harold Nicholson, "The evolution of Diplomatic Method", New York, The Macmillan Co. 1954, 77) las relaciones entre los Estados por medio de la negociación, siendo el rasgo más distintivo de dicho arte el establecimiento de un continuo e ininterumpido contacto entre los Gobiernos; en teoría, el objeto de tal contacto era permitir el arreglo amistoso de las diferencias sobre la base del compromiso y el respeto mutuo.

El tipo de diplomático exactamente opuesto al anterior surge con los Estados fascista, nazi y soviético. Con relación al anterior es el "parvenu", el extraño, el proscrito. Tras su labor subrepticia en su primitiva calidad de revolucionarios, estos hombres llegaron a la carrera diplomática desde la posición social de sus anteriores profesiones; en lugar de la cortesía y etiqueta tradicionales aportaron el abuso público, la zafiedad y la petulancia en los tratos diplomáticos, y, sobre todo, al hallarse esta diplomacia regida por la ideología, era, más que el arte de resolver los problemas, el de hacerlos insolubles, de ahí su descaro tanto de hecho como de palabra, en el que se han destacado particularmente los representantes soviéticos. (Tal conducta puede ser un resultado parcial de ideología marxista, que considera a la educación como una ridícula afectación burguesa; se basa también en el sentimiento de inferioridad (la Rusia soviética no fué objeto de reconocimiento por parte de los Estados Unidos hasta 1933) que exige al emisario soviético hablar a gritos a su interlocutor, y en la esperanza de reducir a su presunta víctima y conseguir así su objeto sin dispendios de hombres y material.

Otro factor que ha hecho variar los procedimientos diplomáticos ha sido el empleo por la nueva casta de diplomáticos del arte de la diplomacia como un arma de propaganda destinada a influenciar a la opinión pública de dentro y de fuera con una incesante e implacable publicidad que trata de conseguir ventajas y prestigio tanto de tipo personal como partidista. Las nuevas agencias publicitarias, la prensa, radio y televisión, la facilidad y rapidez para viajar y la búsqueda de publicidad personal han hecho comprender a los nuevos diplomáticos que las numerosas conferencias internacionales sirven a sus fines de atraer la atención mundial a sus intentos de publicidad también mundial y de aquí también su deseo de incrementar los motivos de tensión internacional. Mientras para la diplomacia tradicional primaba la cortesía, los regímenes totalitarios han utilizado a su

diplomacia para crear y mantener malas relaciones, teniendo sus misiones como tarea primordial el cultivo de propaganda hostil, el sabotaje, la subversión y el espionaje. Mientras los primitivos caballeros de calzón corto y condecoraciones rara vez se hallaban implicados en tales actividades subversivas, hoy en día las misiones diplomáticas comunistas en todo el mundo están especializadas en el espionaje, no tanto ocultando sus actividades como protestando ruidosamente y "pro-forma" cuando son descubiertos periódicamente. (Para una sincera evocación nostálgica de la antigua escuela a propósito de los cambios en el concepto de la diplomacia, véase Lord Vansittart, "The decline of diplomacy", *Foreign Affairs*, XVIII, 2, enero 1950, 177-188; Ralph de Toledano, "Spies, Dupes and Diplomats", New York, Duell, Sloan and Pearce, 1952, descubre la existencia de un aparato soviético de infiltración en Shanghai, Tokio y Washington que ha llevado a la dominación comunista de gran parte de Asia y amenaza al resto de este continente. Esta es una de las muchas revelaciones disponibles sobre dicho aspecto de la diplomacia moderna).

La nueva escuela de diplomáticos de Moscú, cuyos centros de enseñanza no han sido las apacibles cancillerías, sino las prisiones zaristas, está integrada por hombres cuyos hogares no han sido aulas, castillos ni fincas de recreo, sino pisos subarrendados y por rebeldes de la clase media que han ayudado a derribar el antiguo régimen y otros pertenecientes a la exhausta aristocracia que se han convertido al cabo en caballeros andantes de la política. Han traído a la diplomacia los puntos de vista y actitudes de su ambiente: un odio caracterizado, una dinámica social basada en el descaro, un culto a la personalidad y una pasión por la controversia política.

Que esta clase de diplomados predomina en el servicio diplomático soviético ha sido garantizado por los propios soviets: "La mayoría de los diplomáticos —escribió en 1930 una publicación soviética, fué reclutada entre miembros de la vieja guardia de la revolución proletaria que pasaron por la severa escuela de la vida y adquirieron en su labor solapada como refugiados políticos en el extranjero la necesaria experiencia. Hombres como Litvinov ("New Classrooms for post-war Diplomacy", *Corps Diplomatique*, Junio, 1946, 3), Vorovsky, Krassin, Krestinsky, Rothstein y Kameney integraron la primera generación de la diplomacia soviética.

Actualmente, la Vysshiaia Diplomaticheskaiia Shkola (Escuela de Alta Diplomacia) tiene a su cargo el adiestramiento de una nueva generación de diplomáticos soviéticos. Se constituyó a través de la integración de cuatro Institutos de la Universidad de Moscú: el Instituto de Estudios internacionales, el de Derecho Soviético, el de Comercio exterior y el de Estudios orientales. El programa de estudios

hace especial hincapié en la interpretación marxista de la ciencia política y acentúa considerablemente lo que se denomina "monopolio comercial" y "propaganda". La mitad aproximadamente de la educación del diplomático soviético es de tipo profiláctico, destinada a imbuirle los principios de la diplomacia marxista-leninista-stalinista y a inmunizarle de la influencia exterior. (Andrei A. Gromyko, representante de la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas después de la guerra mundial, y Fedor Gusev, Embajador soviético en Gran Bretaña, están ambos graduados en dicho método).

Estos diplomáticos son diferentes; y lo mismo sucede con su vestimenta. En la Conferencia de Versalles, la mayoría de los diplomáticos parecían empleados de pompas fúnebres —pantalón a rayas, chaqueta y sombrero negros—. Estos ropajes eduardinos se han convertido hoy en símbolos de la antigua diplomacia y los diplomáticos más jóvenes se alejan de ellos intimidados; discuten sobre los negocios mundiales vestidos con una chaqueta cortada de cualquier manera y un pantalón de la forma que sea. Esta tendencia se advierte sobre todo cuando de los rusos se trata; desde su primera aparición en la escena internacional, los bolcheviques se opusieron a la más alta expresión de la dignidad burguesa: el sombrero de copa; con el tiempo, hubieron de ajustarse a las ineludibles leyes de la adaptación y comenzaron a aparecer bien acicalados con "smokings" y "fraques" impecables, pero jamás con sombrero de copa.

El monóculo ha sido descartado igualmente; el último monóculo memorable fué el de Sir Austen Chamberlain, que lo heredó, junto con su cinta negra, de su padre, John Chamberlain, uno de los constructores del Imperio.

¶ Pero incluso hoy en día, los representantes comunistas, ya sean comunistas de la primera hora que han servido fielmente al Partido, o bien aquellos en cuya solvencia política confían los jefes comunistas, actúan partiendo del principio de que la injuria pública, la zafiedad y la petulancia son preferibles a la tradicional cortesía y etiqueta. Tales ultrajes se fomentan en parte para presionar a la opinión pública interna y en parte también para proseguir la partida sobre la base de los métodos, rayanos en la violencia, que han aprendido en la labor subversiva de los primeros días.

La interpretación marxista (esto es, soviética) de la Historia de la Diplomacia puede verse en el Diccionario de la Diplomacia, cuyo primer volumen fué publicado en 1948 por la Editorial política del Estado con el título de "Diplomatichesky Slovar". Vol I. Principales colaboradores: A. Y. Vishinsky y S. A. Lozovsky. Para su índice véase A. Manusevich, "Diccionario de la Diplomacia", Tiempo nuevo, n.º 25, junio, 1948, 28-31.

Una de las evoluciones más sorprendentes en el procedimiento de las Naciones Unidas tras la segunda guerra mundial fué el declinar de los modales y humor por parte de los delegados de los países satélites de la Europa oriental y central, especialmente cuando, en 1947, comenzaron bajo la égida de Vichinsky a utilizar el insulto estudiado como adecuado instrumento de negociación. Inauguraron asimismo feroces y desalentadoras disputas en los Comités, que comenzaron así a exhibir el encono de estos delegados so pretexto de las más inocentes observaciones. Dispensados por supuesto de todo freno por la nueva línea comunista de vilipendio hacia el Occidente, la táctica de aquellos delegados comunistas aparecía en verdad como algo más allá de toda comparación. Es probable que nunca en la Historia de las relaciones internacionales haya sido la mentira fácilmente demostrable esgrimida tan frecuentemente con tal fuerza y pasión. Estos nuevos revolucionarios apelaban no a la razón, sino a la emotividad y si empleaban tecnicismos legales para exponer sus puntos de vista, incluso sus argumentos jurídicos, eran expresados en alta voz y con ademanes amenazadores.

Semejante táctica creó a su vez un ambiente de tensión extrema y a veces de verdadero enojo.

El representante característico del tipo soviético de diplomático fué el difunto A. Vishinsky, el encanecido maestro de la venenosa escuela soviética, que conquistó fama interna e infamia exterior por su eficaz labor de fiscal en las grandes "purgas" de 1936 a 1938; la lista de hombres que envió a la tumba viene a ser como el banderín de enganche de la revolución de Octubre: más de un millón de miembros del Partido fueron purgados en tal ocasión. Vishinsky siguió adelante en el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores (1949-1953) y era el Representante permanente de la Rusia soviética en las Naciones Unidas cuando falleció en 1955. Encabezaba el claustro de diplomáticos satélites que disfrutaban diciendo "niet" casi siempre y que desarrollaban un especial talento para decirlo, con el frecuente apoyo de insultos frontales dirigidos a sus colegas occidentales de la antigua escuela.

Esta conducta era tan grosera, tan inesperada, que éstos, cogidos por sorpresa, eran incapaces de reaccionar.

Por ejemplo, en la Conferencia del Danubio de agosto de 1948, Vishinsky declaró a los representantes occidentales: "Caballeros, la puerta ha sido abierta para dejarles entrar; sigue abierta para permitirles la salida". En el calor de la discusión con Mr. Charles Peake, delegado británico, exclamó: "Su conducta, señor, parece la de un elefante en una tienda de porcelana china." En la reunión del Comité Político de la Asamblea General de la O. N. U., que tuvo lugar en noviembre de 1948, en París, hablando del general Rómulo, delegado

de Filipinas, que osaba criticar la política soviética en relación con Grecia, le tachó de "general americano-filipino, hinchado por el viento, que se tomaba a sí mismo por Rómulo y Remo". Cuando el Presidente Spaak le reprendió, no queriendo tolerar que un miembro del Comité usase tal lenguaje ofensivo en relación con uno de sus colegas, Vishinsky repuso con voz de trueno: "Puesto que el general Rómulo fué autorizado a hablar, es inútil que esgrima usted el garrote, puesto que no me va a inducir a callarme. No tiene usted derecho a impedir que diga la verdad". (Citado en "Le Monde", 2 abril, 1948).

Tales "diálogos soeces" prosiguieron en la Asamblea de la O. N. U, donde comenzaron en 1949, con el coro de satélites de Rusia dirigiendo estos ultrajes al Tío Sam, John Bull y Tito: "salvajes fascistas...", "traidores, desertores, imperialistas, gángsters, asesinos..."

En lo que respecta a la extraña acrimonia de este lenguaje de alta diplomacia, considérense algunas de las observaciones hechas por el ruso Jacob A. Malik, que se refirió a las declaraciones de sus colegas como a "hostiles calumnias", "sucios infundios" y "falsos y farisáicos alegatos", y a los interesados como a los "gauleiters americanos", "lacayos marshallianos" y acusó a Estados Unidos de estar comprometido en actos de piratería. La galería de Prensa apodó al camarada Malik el "barquero soez" y le acusó de conducirse de tal guisa premeditadamente.

Vishinsky llamó claramente al Secretario de Estado Dean Acheson embustero, actuando con ello dentro de la peor tradición diplomática. De hecho, sin tradición de ninguna clase.

A estos ataques verbales hay que añadir los cambios que tenían lugar en el lenguaje diplomático. A lo largo del siglo XVIII y parte del XIX, existía un idioma oficial, el francés, y un diplomático en funciones operaba sobre su base. Pero en Versalles, dos figuras claves, Wilson y Lloyd George, no conocían el francés, mientras que el galo Clemenceau hablaba el inglés a la perfección. Además, el hecho de colocar el micrófono sobre la mesa ha dado lugar a otro cambio. Las palabras de un delegado se oyen a domicilio y él quiere ser oído allí. Además, para el prestigio nacional —partiendo de la premisa de que su idioma es tan bueno como el de cualquiera— un delegado moderno quiere desahogarse en su lengua natal; así las Naciones Unidas tienen ahora cinco idiomas oficiales: francés, inglés, español, ruso y chino.

Esto, a su vez, favorece los ataques gramaticales, ya que el comunista ruso puede expresarse así en el lenguaje del arroyo en el que ha sido educado.

Todas estas formas de conducta conducen al próximo jalón de los cambios diplomáticos. Bajo la antigua escuela, la inmunidad

estaba circunscrita al personal diplomático (y sólo en ocasiones se extendía al consular). Pero desde que la "nueva diplomacia" ha extendido sus actividades ha surgido una exageración correspondiente del privilegio de inmunidad. El proceso comenzó en las superpobladas oficinas comerciales soviéticas y más adelante en las de Prensa. (El Gobierno soviético mantiene en todas partes sucursales de la Agencia Tass con el fin de extender su propaganda).

Una información del "New York Times" de 25 de mayo de 1950 expresaba acertadamente hasta qué extremos pueden llegar los privilegios diplomáticos:

"Perros diplomáticos comunistas".—Los rusos soviéticos, al insistir sobre derechos especiales por doquiera que van, incluso llegan a afirmar que sus perros gozan de privilegios diplomáticos. Tal teoría ha sido expuesta en Tel-Aviv, donde una mujer fué mordida por un perro perteneciente a la Legación soviética. Cuando los funcionarios de Sanidad quisieron examinar al animal, para efectos de hidrofobia, los rusos dijeron: No, el perro posee privilegios diplomáticos. Por fin, al cabo de diez días, permitieron los rusos que un veterinario examinara al perro en la legación".

En los días de la diplomacia tradicional, las peticiones de relevo de diplomáticos se utilizaban sólo en casos sumamente raros, no siendo por lo general más que los últimos pasos que conducían a la declaración de guerra. Actualmente la destitución de Embajadores y de sus subordinados es solicitada continuamente por el pretexto más fútil; la excusa habitual es cualquier vieja o fantástica monserga sobre el tema del espionaje. Las repentinas marchas de los diplomáticos soviéticos han sido una especialidad soviética hacia 1956. En abril de dicho año, cinco o diez marineros rusos, a quienes se había garantizado asilo en los Estados Unidos, emprendieron también el vuelo de regreso a la Unión Soviética. Los marineros fueron en realidad raptados por agentes de la Delegación soviética en las Naciones Unidas. Arkady A. Sobolev, jefe de la Delegación soviética en las Naciones Unidas, fué el tercer miembro soviético de la O. N. U. acusado de intento de espionaje.

(Traducción de PATRICIO AGUIRRE DE CARCER)